

LA

CAPRICHOSA

DE

REVISTA DE LA MODA

—
NOVIEMBRE DE 1857

La mas hermosa y mas bella estacion del año es el Otoño: las flores ostentan sus mas preciosos matices, y su perfume es mas delicado y agradable que en las otras épocas del año; el sol no nos importuna con sus ardientes rayos, templados por la frescura de la atmósfera. El Otoño es la estacion que indica á nuestras bellas la vuelta á Paris, que lo vuelven á ver con tanto placer como lo dejaron en el mes de julio, para ir á pasar el verano á las orillas del Rhin.

¿Y qué diremos con respecto á los trajes? Que es la época en que se despliega el buen gusto y los mil caprichos de la elegancia, porque teniendo por la mañana que hacer uso de los trajes de Invierno, trajes de Primavera ó Verano, al medio dia, y trajes de baile por la noche, es dificil escojerlos con el fino tacto que distingue el bueno, del mal gusto; la moda ha dejado por fin penetrar en su santuario, donde hemos podido admirar sus mas bellas y caprichosas invenciones.

Durante el Otoño se llevan mucho los grandes pañuelos de terciopelo con un gran volante de encaje al borde, como el que representa el figurin: los abrigos en general son muy anchos, y largos, esto se comprende, porque llevándose los vestidos tan huecos y

con tanto vuelo, los abrigos deben de ser largos, porque de lo contrario no estaria en armonía con el resto del traje: los de teatro son blancos, con listas color de rosa ó azules; uno sobre todo nos pareció digno de llamar nuestra atencion en estas últimas noches, á la salida del teatro Italiano; era de los llamados arjelinos, blanco con listas amarillas y color de rosa, con capucha en forma de albornoz: los vestidos continúan de mucho vuelo, muy largos y los corpiños altos; hay algunos modelos de mangas cerradas, creemos que la victoria será ganada por las mangas abiertas; la moda ha dispuesto que las primeras se lleven en vestidos de mañana, y las segundas para vestidos de visita ó paseo. Si concluyesen su reinado las mangas abiertas, seria un perjuicio para los blancos y torneados brazos de las hermosas é impediria lucir las bonitas y bordadas mangas. Los volantes continúan, pero se da la preferencia á los vestidos con doble falda y los de bandas á cada lado (*quilles*). Se preparan sedas para vestidos de inusitado lujo, los cuales inclusa la hechura podrán costar 1,200 francos; ciertamente, mis bellas lectoras, que los esposos y los papás deben revolucionarse contra el lujo, y ya uno de estos dias ha visto la luz pública una sátira fulminante; sin embargo, gracias á estos trajes, los esposos y papás encontrarán mas encantadoras á sus esposas y bonitas hijas. Digamos ahora algunas palabras sobre los preciosos sombreros de Otoño. Vamos á citar algunos modelos, en los que Mme *Alexandrine* despliega tanto gusto y tantas bellezas; el primero es de terciopelo negro, el ala de terciopelo encarnado, cubierta de una redecilla de felpa negra con colgantes de azabache, y en lugar de plumas dos borlas de seda encarnada; la forma de sombrero es un poco mas grande que los que se han llevado este verano. Segundo modelo: sombrero de tafetan oscuro afollado, adornado de lacitos de terciopelo negro; el borde del ala y del bavolet, de terciopelo plegado, del mismo color que el tafetan. Los adornos para teatro varian mucho; hemos visto uno muy gracioso y sencillo, compuesto de flores de lúpulo (*ublon*) de varios colores; estas flores están enlazadas entre

follaje cubierto de una ligera capa de escarcha. En la representación que ha tenido lugar en Stuttgart con motivo de la visita de S. M. el Emperador, se han podido admirar los mas preciosos adornos de brillantes; la Gran-Duquesa Olga ostentaba un traje de un precio inmenso, que hacia resaltar sus gracias personales; llevaba una diadema de pedrería, en medio de la cual brillaba un enorme diamante; esta diadema ha sido comprada en Paris, en la calle de la Paz, en casa del señor *Dumont*.

La Gran-Duquesa Elena llevaba un corpiño de terciopelo encarnado, sembrado de pedrería: su forma hacia recordar los modelos del antiguo imperio. Las damas de la Reina de Grecia hacían alarde de sus gratiosos trajes; casco encarnado con bellotitas de oro, chaqueta de terciopelo verde bordada de oro y diamantes, y el manto blanco. La Czarina lucía una preciosa diadema de brillantes.

Creo ser de alguna utilidad á mis amables lectoras, dándoles algunas noticias sobre los trajes de los niños: las niñas llevarán gabanes de la misma forma que nosotras; también corpiños de terciopelo negro ó paño, muy largos: los corpiños de los vestidos son altos y lisos, aunque algunos se les pone aldetas; esta moda es sumamente graciosa; las faldas se llevan con volantes ó de bandas (*quilles*); en fin, todo lo que la moda inventa para nosotras, se imita para estas bonitas mujercitas; hemos visto un gracioso vestido adornado con tres tiras de terciopelo bastante anchas, el corpiño con herta: para niños hay bonitas blusas de terciopelo, ó de *popeline* escocesa: estas blusas están recargadas de adornos de terciopelo y pasamantería. Una de mis amables colaboradoras y amigas, nos manda de Madrid la descripción de los trajes, que en una de las representaciones de la signora Ristori llevaban las señoritas de C. El primero era de organdi azul con doble falda; el corpiño á dos petos, cerrado con botones azules, la manga muy ancha, cayendo hácia atrás y dejando ver el brazo, un rico cuello de encaje y un adorno de espigas plateadas en la cabeza. Segundo: vestido de moaré blanco con doble falda, guarnecidas

de estrellas de terciopelo azul celeste; el corpiño escotado, manga corta, un adorno de terciopelo azul con colgantes. Tercero: vestido de moaré color de perla, con doble falda, guarnecidas de encajes negros; corpiño escotado, manga corta y adorno de terciopelo negro y flores.

Más estensa quisiera ser, pero me limito á lo ya dicho, y los bailes y saraos que se preparan para el mes de noviembre, en los cuales las bellas lucirán sus trajes y adornos, harán que en el número próximo pueda darles más indicaciones, y serles tan útil como deseo serlo siempre á mis amables suscriptoras.

EM. SERRANO DE WILSON.

COSTUMBRES DEL SIGLO XIX

I

Si costumbre se llama al conjunto de cualidades que forman el carácter distintivo de una persona ó de un pueblo, las costumbres del siglo las formará el conjunto de sus cualidades, y según éstas sean más ó menos buenas, más ó menos bueno será también el siglo.

Pero no: en la verdadera acepción que aquí debemos dar á la palabra *siglo*, éste no es más que el mundo considerado en cuanto al trato social.

¿Luego al mundo debemos pedir cuenta estrecha de sus cualidades? tampoco.

En prueba de ello, la semana pasada me decía un padre de familia.

— Ay, amigo mío! ¡qué pervertido está el mundo! ¡Qué escándalo!

— ¿Porqué dice usted eso?

— ¿No ha visto usted con qué cínica intimidad se baila en el día la polka?

Como si el mundo fuera algún *mozaIvete*, no quiero

decir *pollo*, que tuviera la *debilidad* de ocuparse de esas tonterías.

¿Pues quién es el responsable?

El hombre.

¿Y las cualidades que le distinguen en la actualidad son tan perfectas que nada encontramos en ellas digno de censura?

Desgraciadamente, y aunque á la vez ofendamos nuestro amor propio, debemos confesar lo contrario.

Desde que el hombre nace demuestra natural inclinacion á lo malo.

Los padres por evitar, dicen, un disgusto á sus hijos, no los envían al colegio hasta que tienen siete ú ocho años y, habituados á la ociosidad, se les hace entonces muy cuesta arriba ponerse bajo la férula de un preceptor que, por lo regular, no piensa mas que en dos cosas : en la hora de dar punto á la clase para que le dejen en paz sus discípulos, y en el dia en que vencen sus honorarios.

Sin embargo, es preciso que el muchacho estudie gramática latina, no porque sepa la castellana, sino porque va á cumplir quince años y á esta edad se debe pensar ya en darle una carrera.

— Y qué le haremos ? dice el padre.

— Abogado, contestó la madre.

— Médico, replica aquel.

— No señor, quiero ser arzobispo ! grita el hijo.

Y se deciden por cualquier cosa, por nada generalmente.

Se le matricula en la universidad : asiste por espacio de diez años á la cátedra, y estudia diez dias, es decir la víspera del señalado para examinarse; y gracias á esto, y despues á la *bondad* del catedrático y á las relaciones de familia, consigue tener un título.

¿ Pero qué ha aprendido ? ¿ Qué sabe ?

Ha aprendido mucho; sabe lo que actualmente debe saber un hombre; el arte de vivir sin hacer nada, sin dejarse engañar y engañando á los demas, á lo cual han dado en llamar talento.

Mas el enfermo no quiere consultarle, porque teme morir á sus manos.

El litigante no le busca porque sabe que jamás ha ganado un pleito.

El propietario no le encarga que levante sus casas porque sospecha que no le han de durar el tiempo que ha calculado.

Y este médico sin enfermos, este abogado sin pleitos, este arquitecto sin trabajo, este hombre ocioso se dice : *soy algo, necesito casarme*. Encuentra una niña de ojos compasivos que está deseando que la digan *esta boca es mía* ; se enamora de ella ; para declararla su atrevido pensamiento tiene que valerse de un memorialista : la niña se ruboriza al pronto, pero después accede, y los padres les echan su bendición, llenos de entusiasmo y de amor propio. Al mes se efectúa la boda : á los nueve, ó antes, se multiplica la familia y entonces sucede lo que no puede menos de suceder. Si es rico, lo cual no es probable, porque en este caso estaba dispensado de estudiar, gasta su caudal para atender á las obligaciones que se ha creado ; y si por el contrario es pobre, se entrega al vicio y acaba sus días desesperado, legando á su muger la miseria, que no siempre conduce por el camino de la conformidad, y á sus hijos una lastimosa educación.

Al leer estos tan verídicos, como mal pergeñados renglones, no faltará quien esclame :

— ¡ El articulista debe ser un santo !

Esto será muy lógico, pero no es verdad. Quizá sea *padre* antes de haber aprendido á ser *hijo*.

¿ Y en qué consiste esta paradoja ? ¿ Porqué, conociendo el mal, lo censura en los demás y no la evita ? ¿ Porqué *reprende* siendo *repreensible* ? — Esta es la peor costumbre que tenemos.

Otra cosa he observado muy curiosa y que no comprendo. Tuve necesidad de consultar una vez á un buen legista sobre una intrincada cuestion de derecho. Parecióme lo mas natural ver antes la lista del colegio de Abogados, en la que, sin disputa, se encuentran nombres que gozan con justicia de muy buena reputacion, y al decidirme por uno, entré á verme un amigo mio.

— ¿ Qué haces ? me preguntó.

— Necesito un buen abogado y le estoy buscando.

— Pues no te canses mas, ven conmigo.

Yo esperaba encontrarle envuelto en una preciosa bata con su correspondiente gorro de terciopelo bordado de oro, y mi imaginacion me estaba pintando un magnifico bufete, cuando de repente me dice mi amigo.

— Aquí tienes lo que buscabas.

La persona que me acababa de indicar era... *un sastre de portal.*

Al pronto lo tomé á broma; pero despues me convencí de la realidad. El sastre me resolvió la cuestion, citándome el parecer de una multitud de autores aventajados en la materia, y pronunció por último un discurso que revelaba un talento privilegiado.

Lleno de admiracion le pregunté la causa que le habia conducido á aquel deplorable estado y me contestó:

— La necesidad: gano mas haciendo pespuntes que defendiendo litigantes.

— ¿ Con que tanta utilidad deja el oficio ?

— La puramente indispensable para que no me muera de hambre.

¡ Qué campo tan vasto se presenta á los ojos del filósofo! ¡ Cuánto nos resta que aprender! ¡ Qué atrasados vivimos!

Pero ¡já! ¡já! ¡já! ¿ Quién soy yo para echarla de moralista? ¿ Acaso no habrá quien diga, y con sobrada razon, que en esto consiste el mal? ¿ Quien soy, repito, para estudiar las costumbres, corregir sus causas y mejorar sus efectos? ¿ He tenido tiempo para leer una página al menos del gran libro del mundo? Y aún habiéndola leído, que es bastante suponer, ¿ hubiera podido comprenderla? Pues qué, ¿ bastan siempre la voluntad y la buena fe para coronar nuestras empresas? Y ademas, ¿ qué fé puedo tener yo, niño sin experiencia, cuyo corazon fué destrozado por los primeros soplos del infortunio? ¿ Son estos títulos suficientes para poder apreciar lo bueno y lo malo?

Nada, nada: aquí dejo la pluma y mis condescientes lectores me dispensarán esta licencia, que por cierto

no es poética. Pero ¿he de confesar mi insuficiencia? No, señor;... qué disparate! Aunque nada valgo, no está bien que yo lo diga... Pecho al agua!... No, no: poco á poco! Faltemos por un momento á la costumbre. Raciocinemos....

¡Mas qué idea! Voy á reunir datos, y sin poner nada de mi cosecha los presento luego al buen criterio de personas mas competentes, para que en su vista formen un juicio exacto de nuestras costumbres y pueda cada *quisque* aplicar el dedo á su llaga.

— ¡Magnífico!... me he salvado!...

« Se necesitan datos para escribir un artículo acerca de las costumbres del siglo XIX. Se admiten de cuatro á seis de la tarde en la calle de la Esperanza esquina á la del Desengaño, número 160, cuarto bohardilla, donde tienen ustedes su casa. »

Ea!... Ya está redactado el anuncio! Al *Diario de avisos* con él!... Ya se introduce en todas las casas de la coronada villa mi estrambótico llamamiento..... todos lo leen y se agitan!... ¡Qué movimiento!... Esperemos.

(*Se concluirá.*)

José MARCO.



MARGARITA

NOVELA BRETONA

En varios de los viajes que durante el otoño he hecho en Bretaña, he tenido ocasion de visitar las antigüedades célebres, y lo que encierra de notable en nuestra historia moderna. Habiéndome un dia detenido en el pueblecito de Morbihan, el cura párroco de dicho pueblo me ofreció la hospitalidad; este sacerdote, jóven aún y hombre de talento, sabia varias anécdotas del pais, que le habian sido legadas por su predecesor: una de las que mas placer tenia en referir es la que voy á dar á conocer á mis lectoras.

Margarita tenia diez y ocho años cuando perdió su anciano padre, su único apoyo, que era pescador en las costas de Carnac; huérfana, y no teniendo otro medio de vivir mas que su trabajo, se dirigió á la ciudad de Vannes, para buscar una casa para servir; una señora de la nobleza, casada hacia seis meses, y casi de su misma edad, la recibió como doncella; siendo esta aventura histórica, y no pudiendo dar los verdaderos nombres, la llamarémos la marquesa de Chennequy. Era en 1793, despues del terrible negocio de Quiberon; el jóven y valiente Chennequy no habia podido resolverse á acogerse á la amnistia acordada por el general Hoche, y combatia siempre huyendo á la aproximacion de las columnas mandadas en persecucion de Charrette. Júzguese la inquietud de la marquesa que, acompañada de su camarera Margarita, y no consultando mas que la ternura que tenia por su esposo, seguia de castillo en castillo, y de alqueria en alqueria la retirada de las derrotadas tropas vendeanas. Apenas el invierno habia aún desaparecido, el mes de marzo dejaba ver algunos tristes rayos de sol, un terrible encuentro habia tenido lugar en el pueblo de

Chanvriere : inquieta y trémula, la marquesa no podía dudar que su marido hubiera sido hecho prisionero, con la columna del general Travot, porque los oficiales habian almorzado con ella en San Cristóbal de Liqueron. En vano queria hacerse ilusion sobre la posicion de las tropas vendeanas. Se habian dirigido hácia el mismo sitio, y la nube blanquecina que se veía en el bosque hácia el lado de Froidfond, los tiros que se oían á la entrada de la noche distintamente no dejaban duda sobre las fatales consecuencias del combate.

Margarita participaba del dolor de la marquesa fiel, y consagrada enteramente á ella, llevaba hasta el fanatismo su adhesion por su ama, lo mismo que en política.

— Señora, dijo, no pudiendo contener mas tiempo su emocion, dirijámonos hácia el lado del Páramo de Gratiere; nos encontraríamos á media legua (de ellos poco mas ó menos. Y podríamos ver algun herido que nos daria noticias; y sin esperar la contestacion de su ama, la dió el brazo y la condujo por en medio de los matorrales. Cualquiera que hubiera visto pasar y deslizarse entre los árboles estas dos blancas figuras en medio del crepúsculo, con sus largos cabellos negros abandonados al viento, ciertamente las hubiera tomado por dos profetisas gaulas, que de lo alto de una roca drúidica iban á dar sus oráculos.

La sombra cubria el bosque completamente, cuando llegaron á un claro donde un espectáculo doloroso iba á herir la marquesa de Cheneguy : sobre una camilla llevada por granaderos yacia un hombre adornado con las insignias de los gefes vendeanos; la cara estaba completamente desfigurada por las heridas : Margarita, que se habia adelantado rápidamente, volvió corriendo hácia la marquesa para alejarla de aquel sitio, y evitarla aquel deplorable encuentro; pero era demasiado tarde : se habia desmayado, porque habia reconocido la faja y el uniforme ensangrentado del marqués. La prision ó la muerte de un gefe breton eran de la mayor importancia en aquella guerra, lo que esplica el cuidado con que la compañía de granaderos llevaba un cuerpo que el uniforme atestiguaba el grado.

A la vista de esto, Margarita se habia parado á un lado del camino, en un estado de estupor y de inmovilidad, como si esperase alguno que debia de venir por el lado del bosque á reunirse con ella : los aldeanos la habian rodeado; habian levantado á la marquesa, que continuaba desmayada, y la hacian mil preguntas, á las cuales era incapaz de responder. En fin, comprendiendo lo que querian decir, les dió el nombre y las señas de una tierra de la marquesa situada á seis leguas : despues de lo cual juntando las manos, resignada y solemne, exclamó :

— Pobre señora! Vamos á ver si yo soy tan desgraciada como ella!

Dichas estas palabras se internó en el bosque, dirigiéndose al sitio donde habia sido el combate. Sin embargo, lo que quedaba del batallon se habia acantonado en el pueblo durante la noche; el médico del regimiento se negaba á prestar sus cuidados á la señora que se encontraba indispueta, antes de haber vendido los heridos, y el cura iba conducido por los aldeanos al lado de la marquesa aún desmayada.

El buen pastor, á pesar de su turbacion, preparaba en el camino los consuelos cristianos necesarios á la desgraciada viuda. Juzgad de su sorpresa y casi de su indignacion, cuando al entrar en el cuarto de la posada donde se encontraba la señora de Chennequy, que segun él debia de ser presa de la desesperacion, la vió sentada delante de un buen fuego, y puesta á la mesa, ocupada en destrozar un pollo asado. El buen sacerdote pensó que la sacudida que habia recibido habria desarreglado su razon, y sentándose la contempló largo rato con el mas sincero interés y la mas profunda compasion.

Entre las gentes de la casa que iban y venian, habia un jóven detrás de la silla de la marquesa, que el buen párroco conocia de haberlo visto de criado en casa del difunto marqués. Este criado servia á la mesa, y la señora de Chennequy le dirigia la palabra con la mayor afabilidad; el pobre sacerdote, á quien le pasaban por la cabeza las ideas mas estrañas, trataba de alejarlo por todos los medios, sin que pudiera con-

seguirlo. Cuanto mas oia hablar á la marquesa, menos podia creer en su locura, que él creia existia, y que debia ser causada por la pena ; pero su indignacion no tuvo límites cuando ella le dirigió la palabra y le preguntó con la mayor amabilidad si podria acompañarla la mañana siguiente á la ciudad vecina para hacer las compras de luto. Se levantó con el corazon oprimido, no pudiendo comprender aquella insensibilidad, acusándola de una odiosa hipocresía, porque cubria sus bellos ojos con el pañuelo siempre que alguien entraba en el cuarto. Y habiendo en aquel momento entrado á decirle que una persona queria confesarse muy de prisa, y que reclamaba su ministerio, él aprovechó este pretesto para saludar á la marquesa, que deteniéndole por el brazo le dió una carta, añadiendo:

« — Despues de haberla leído me la devolveréis ; en ella podeis ver las esplicaciones de las cuales teneis necesidad. »

Dicho esto, le dejó acudir al penitente á quien creia á su última hora. Durante el camino no tuvo tiempo de leer la carta que le habian confiado, deseando llegar cuanto antes á su casa. No era un herido el que le esperaba, como él habia creído ; era Margarita, de pié en medio del cuarto. Su mirada inmóvil estaba fija sobre un sombrero agujereado por las balas, y rodeado de un pedazo de muselina blanca, roja de sangre. El anciano quedó petrificado á este espectáculo, Margarita no fijó su atencion en él, continuando su muda contemplacion, poniendo de cuando en cuando el sombrero á la altura de una persona, saludándole con una espresion de amor inefable, como si hubiera estado en frente de aquel á quien pertenecia, diciéndole con acento entrecortado : — Andrés, eres tú !

Traduccion del francés.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

(Continuará)

POESIAS

LOS ESCONDIDOS Y LA TAPADA.

FRAGMENTOS.

Quedó dudando si soñó el mancebo
buscando aún en derredor con ansia,
su alhagüña vision, si fué delirio,
si mujer, su presencia y su palabra.

Mas en vano buscó y esperó en vano
que por segunda vez se destacára
sueño ó mujer, su aparicion aérea
del fondo azul, de su vacía cámara.

En ella ve no mas la chimenea
cuya lumbre se estingue abandonada
y los muebles inmóviles y mudos
de una atmósfera azul entre la gasa.

El crepúsculo mengua, mas espesa
se estiende cada vez la sombra parda,
las tinieblas que caen sobre la tierra
creciendo sin cesar el día apagan.

Vigo no mas en su vision aborto
y en su febril anhelo de evocarla,
sus ojos en la sombra ya confusa
por si la vuelve à ver avaro clava.

Aquella aparicion que no comprende
sino como incorpórea y sobrehumana,
trastornando su sér con su presencia
su existencia infeliz dejó encantada.

Aquella voz dulcísima resuena
en sus oídos, como el son del agua
de oculto manantial que en el estío
bajo del cespèd, invisible mana.

Aquel aliento perfumado y suave
que le oreó la frente acalorada,
dejó en su faz la virginal frescura
del primer soplo matinal del alba.

Aquella misteriosa, y no pedida
 declaracion sincera, y espontánea
 de un generoso amor que por él vela
 y con él de su ángel se compara.

Hizo en su corazon bajo el magnético
 y hondo poder de voluntad simpática,
 fermentar ese amor único y ciego,
 que en la vida una vez nos avasalla.

Ese amor solitario, irresistible,
 que brota acaso, al parecer sin causa,
 pero que todo amor, todo recuerdo,
 del corazon destierra, borra y mata.

Ese amor cuyo jérmen atesora
 toda alma ardiente para amar creada,
 y que brotó violento, repentino,
 al contacto magnético de otra alma.

Cuyo amor corresponde con el suyo,
 porque nació con ella apareada,
 y que una de otra los fecundos átomos
 les atraen sin cesar como las palmas.

Esta mujer, en fin, incomprendible,
 que dejó en pós de sí de rosa y ámbar
 perfumada la atmósfera, en su espíritu
 semillas de salud dejó sembradas.

Semillas fecundísimas que al fuego
 fecundador de su pasión romántica,
 brotarán vigorosas, dando à un tiempo
 vigor al cuerpo, y torcedor al alma.

Porque tal es la condicion efímera,
 la vanidad de la ventura humana!
 Una pasión nos nutre y fortalece
 con el veneno mismo que nos mata.

Qué es la felicidad? Una quimera,
 una ilusión dulcísima y fantástica
 que encanta al corazon, porque se mira
 á través de la luz de la esperanza.

Y esta ilusión que trás de sí nos lleva
 desde la cuna, hasta el sepulcro, santa
 ó precita, nos salva ó nos condena,
 feliz en su eleccion quien no se engaña!

Esta ilusion, encanto de la vida,
gloria ó condenacion, lóbrega ó blanca,
Vigo percibe que en su sér dispuesta
á salvarle ó perderle se levanta.

Y como todo cuanto nace, bella,
como la flor, el manantial, el alba,
como la vida, en fin, cuando nos abre
con la niñez, su inmenso panorama.

Le embelesa, le atrae y le seduce;
de amor le ciega, de placer le embriaga,
y en el éter luminoso de los sueños
mece su corazon sobre sus alas.

Vencedor de su mal, comienza Vigo,
vida mejor que una ilusion encanta,
una sombra le ha dicho: «Yo te amo,» —
y él de una sombra enamorado,... ama!

Será su salvacion? Será su pérdida?
esa ilusion que trás de sí le arrastra?
Dios lo sabe no mas, Vigo se duerme
dentro del corazon acariciandola.

José ZORRILLA.

A MI APRECIABLE AMIGA

LA SEÑORA DOÑA M. DEL PILAR SINUES DE MARCO

EN SU ALB' M.

Desde las turbias aguas, dulce amiga,
del triste Sena, mi cancion te envio,
pobre, como las olas, que en es tío
el Manzanares en su seno abriga;
prueba de la amistad que nos obliga,
que la perdones sus defectos fío,
y que la mires, cual presente mio,
de afecto puro estrechadora liga.
Nunca inspira la mente oaco cielo,
ni pardas nubes, ó bullicio loco:
mentiras, oropel, que en este suelo,
por mis desdichas desterrada toco.
Cántame tú, que el sol de nuestra cuna
miras, y tienes española luna.

Paris 8 de octubre de 1857.

EM. SERRANO DE WILSON.

Explicacion del figurin.

Primero: Cámina. Abrigo de paño terciopelo adornado de galon formando cuadros, este galon bordado de bolitas de azabache; el borde del abrigo, por detrás vuelve hácia adentro y gruesos pliegues parten de los hombros; hácia el medio de la espalda, forma como una comba, y una doble capucha completa este abrigo; la manga cojida al brazo como un albornoz: sombrero de terciopelo real adornado con tiritas de terciopelo y encaje; dos plumas caen entre el bivolét, el interior de blonda con capullos de rosas.

Segundo: Capulét. Abrigo de terciopelo forma de talma, formando como encañonado en la espalda, las mangas mosqueteras, adornadas como todo el abrigo, con pirámides de pasamanería y azabache.

Tercero: Delfina. Forma de pañuelo, de terciopelo, plegado por la espalda, adornado de un gran volante de encaje ó *guipure*, tres bandas de bordados formando ondas cojidas por botones, y las mangas, forma de campana. Sombrero de terciopelo, el ala guarnecida de encaje; á cada lado un copo de plumitas; un encaje cubre el bivolét.

Cuarto: D'Albret. Abrigo forrado de pieles, manga cuadrada y guarnecida con bandas de fleco; bandas de terciopelo concluyendo con borlas caen á lo largo, todo al rededor del abrigo; estas borlas son de seda y azabache. Sombrero de tafetan con un lazo, el borde del ala adornado con blonda.

Quinto: Palatin. Gran abrigo de paño *Chinchilla*, la espalda lisa, el delante cae como un chal, volviendo al rededor del brazo, hace ver la manga sin costura; el borde de este chal está adornado de alamares muy-nchos; el borde del abrigo tiene bandas de terciopelo; un fleco está puesto todo al rededor. Sombrero de terciopelo de Grecia, adornos de cinta y blonda; el borde del ala y del bivolét está adornado con una especie de campanilla.



M^o GAGELIN
 MÉDAILLE D'OR
 N^o Richelieu 85 Paris

Camina

Capulet

Dauphine

d'Albret

Palatin

L'Éclair du Jour, 39 de la Bonne Presse, Paris

85

La Cachosa

Paris, Passage Saulnier, 10.

Sombreros d'Alexandrine, et d'Antoine, 14



Novembre 1857

